

Jueces competentes y sobre todo desparajados. Mas
 chas veces nos equivocamos porque nuestras presen-
 nes forman una valla que nos separa del objeto y de
 la verdad y no pocas al emitir el juicio real que á des-
 pecho de esta prevención hemos formado, alternamos con
 designio su traducción porque el interés de partido abo-
 ga la voz de la imparcialidad y de la franqueza. Por
 mos siempre justos con el mérito y lo que es mas to-
 via, somos siempre justos con las cualidades del cora-
 zon de nuestros adversarios, que nada tienen que ver
 con los dotes del espíritu y con las prerogativas del ta-
 lento. Los partidos se atacan con todo género de ar-
 mas y nunca examinan su ley ni su temple, porque su
 máxima es destruir todo lo que estorpa. Hay en todos
 ellos coramones nobles, espíritus delicados muy supe-
 riores á estas miserias que no se asocian á una conduc-
 ta, que solo lleva al descrédito. Pero que vale una
 voz sola, sin eco, en medio de la gritería de las pasiones
 agitadas, que alboran las palabras de imparcialidad y
 de justicia. Son el armatrueno blando del arroyo que se
 pierde en el estruendo del torrente que se desata cerca
 del él; son la brisa escantada de la noche que arista
 el huiran que se descuchaban en aquel instante; son la
 trémula voz de la púlica doncella que espira entre los
 ruidos de una impta bacanal. Así los errores en can-
 to al mérito y reputacion de los hombres públicos, na-
 cen y se acrecientan, y se estenden á despecho de la virtud
 callada é inerte, que busca en el silencio la única ex-
 ma que tiene y en la resignacion el solo consuelo que
 le es permitido. Pero tales son las sociedades y tales
 las contingencias que en ellas corre el que una vez lan-
 xado á sus mareas, tiene que seguir la marea siempre en-
 ciente de los acontecimientos.

que esplican este fenómeno y no todas suponen egotismo
 ni falta de pura intencion. El gobierno tiene siempre cierto magnetismo y fasci-
 tacion que puede imponer á las conciencias sin debta-
 mentarlas ni corromperlas. Esta seduccion irresistible que
 se inflita sin percibirla, obra aunque en sentido contr-
 ario los mismos efectos que el miedo, porque quita la li-
 bertad de accion destruyendo la libertad de exámen y
 la posibilidad de un juicio reflexivo é imparcial. Cabe
 ser muy honrado y accesible á esas impresiones mágicas que trastornan los cerebros
 humillando á la vez la dignidad propia. Las aparicion-
 es, el esplendor, el aparato, imponen á ciertos hombres
 que siguen atraidos por una virtud simpática todos los

CAPITULO V.

Qué orador tiene mas ventajas en los discursos, si el ministerial ó el de la oposicion,
 el que habla primero ó el que habla despues.

Otros sin ceder á esta atraccion oculta, muestran una
CUANDO observamos la índole de las diversas opiniones
 de una cámara, naturalmente nos preguntamos por qué
 hay tantos ministeriales y tan pocos afiliados en la o-
 posicion. Esta estrañeza desaparece luego que se re-
 flexiona en la condicion del hombre y en el influjo que
 tiene su corazon en su conducta y hasta en sus ideas.
 Cabe ser ministerial de muy buena fe, y ocasiones hay
 en que deben serlo hasta los mas ardientes reformistas.
 Un ministerio que procure en todos sus actos el bien y
 la libertad de la Nacion á cuyos destinos preside, debe
 ser apoyado hasta con ardimiento, aunque cometa faltas
 que sus grandes rasgos, su acrisolado patriotismo y sus
 nobles tendencias hacen disimulables. Pero en qué
 consiste que hasta los ministerios opresores y que siguen
 una funesta marcha encuentran en una cámara tantos
 que los apoyen y sostengan? Muchas son las causas

que esplican este fenómeno, y no todas suponen egoismo ni falta de pura intencion.

El gobierno tiene siempre cierto magnetismo y fascinacion que puede imponer á las conciencias sin degradarlas ni corromperlas. Esta seduccion irresistible que se infiltra sin percibirlo, obra aunque en sentido contrario los mismos efectos que el miedo, porque quita la libertad de accion, destruyendo la libertad de exámen y la posibilidad de un juicio reflexivo é imparcial. Cabe ser muy honrado y al mismo tiempo muy accesible á esas impresiones mágicas que trastornan los cerebros humillando á la vez la dignidad propia. Las apariencias, el esplendor, el aparato, imponen á ciertos hombres que siguen atraidos por una virtud simpática todos los movimientos del poder, como el satélite sigue todas las rotaciones de su planeta.

Otros, sin ceder á esta atraccion oculta, muestran una docilidad que se esplica por su temor, por sus hábitos y por la indolencia de su pensamiento. Bien hallados con la actualidad, y sin sondear sus vicios ni sus inconvenientes, temen á toda mudanza, y apoyan al poder que simboliza la estabilidad de las cosas: ó ya avezados á un sistema ó á una marcha dada, la prefieren á cualquier otra, porque no quieren cambiar lo conocido que comprenden, por lo desconocido que no se esplican. Para pesar ventajas y desventajas se necesitaria pensar con detenimiento, y pensar es un trabajo fatigoso para las almas apáticas ó superficiales. El error suele estar entonces en el entendimiento, porque se confunden las personas con la institucion, al funcionario con la dignidad, al hombre con el poder que ejerce, y se prodiga á aquel el homenaje de respeto y de adoracion ciega que solo se debe á los principios.

Mas aparte de estos y otros motivos que caben en el círculo de los impulsos honrosos y de la buena fe, hay causas bastardas que hacen de la opinion el intérprete del interés individual y de la propia ambicion. Los honores, las riquezas y las ventajas todas de la vida, son un aliciente irresistible para el que las desea, y no pocas veces con el fin de adquirirlas se entra en capitulaciones vergonzosas con la conciencia. El que tiene que dar, siempre encuentra sostenedores. Mably nos ha dicho á este propósito: "Si la peste tuviera cargos, dignidades, pensiones y beneficios que distribuir, bien pronto encontraria teólogos y jurisconsultos que sostendrian que era de derecho divino, y que era un crimen oponerse á sus estragos." Pero dejando á un lado estas observaciones, entremos de lleno en el objeto de este capítulo.

El papel del orador ministerial es mas fácil y mas cómodo. El del orador de la oposicion mas difícil y peligroso; pero tambien mas brillante. Los ministros y sus adeptos, iniciados en todos los misterios de la política que siguen, pueden recurrir en las luchas parlamentarias á lugares comunes, acogerse cuando otra cosa no puedan á la necesidad de la reserva, y encontrar salida á los argumentos, en su clave misteriosa desconocida de los profanos; pero sus discursos son frecuentemente sutilezas de escuela, declamaciones exageradas, producciones lánguidas y frias que á lo mas hablan alguna vez al entendimiento y casi ninguna al corazon. Y no queremos decir con esto que los ministros ni sus partidarios no se encuentren muchas veces en el caso y en la necesidad de invocar grandes objetos. La defensa del pais y de las instituciones, el interés de la paz y sosiego público, la causa del orden, pueden dar materia á

discursos vehementes que agraden, que conmuevan y que entusiasmen al auditorio, mil veces mas que los arranques del tribuno cuya reputacion esté mejor establecida. Ninguno podrá mostrarse indiferente ni menos insensible á los ecos de la voz sincera y amiga, ya sea del ministerio, ya de un representante, que se empeña en protegerle, defendiendo tan grandes objetos contra el embate ciego y brutal de una faccion destructora. Si se fijaran así las cuestiones, si se vieran, si se palparan, si de este modo las comprendiera y calificara la conciencia pública, todas las simpatías responderian á esa palabra animada y vigorosa, órgano é intérprete entonces del interés comun. Pero el mal está hartas veces en la duda. El mal está en que con frecuencia se presiente, se ve, se palpa, que invocando aquellos objetos sagrados para todo, y aparentando su peligro, lo que se trata realmente de sostener es una marcha equivocada y funesta, ó los intereses de ciertas banderías: que no se hace llamada á la razon pública para empeñarla en una defensa justa y necesaria, que lo que se desea es sorprenderla y alucinarla, para que bajo la influencia del temor que se le inspira, venga á apoyar la causa de determinadas personas. Entonces los discursos no producen ni pueden producir el menor efecto; porque á través de las pomposas frases, del santo celo que se afecta, de declamaciones inútiles y de todos los ardides de tribuna, se oye la verdadera traduccion de tantos esfuerzos que dice en boca del ministro y de sus favorecidos parodiando á Luis XIV: "El estado somos nosotros." Pero en contraste de esta observacion que mata en el momento de nacer todos los impulsos de asentimiento, ¡qué campo tan lleno, tan libre, tan exento de sospechas el del orador de la oposicion! El habla en nom-

bre del pais y en defensa de sus fueros, y se le escucha aun antes de que rompa su silencio, con la prevencion favorable que se tiene por el que abraza nuestra causa y se declara su campeón. Su palabra se oye como independiente, porque se la supone agena á todo cálculo y á miras interesadas. No tiene necesidad de hablar con el aplomo y mesura de un ministro á quien fuerza su posicion á pensar mas en lo que debe callar que en lo que debe decir. Tampoco ha menester como aquel, cortar los vuelos á la imaginacion, para que sus conceptos descubran solo la exactitud en las ideas y la profundidad en los juicios. El orador de la oposicion discurre por un campo sin barreras, sin estorbos, sin sentir ligaduras de ninguna especie; y permitiendo siempre la causa que defiende viveza en los cargos, colorido é imágenes en el lenguaje, puede entregarse á todos sus arranques, sin temor ni consideracion que enfrene su lengua, ni que ponga coto á sus conceptos. A sus palabras se abren todos los corazones á la confianza, en tanto que á los ministros y sus sostenedores se les suele escuchar con desconfianza y recelo. El ministro está encerrado en la periferia que le traza la prudencia, que á veces es hartó reducida: su impugnador no tiene mas límites que los de la decencia y el decoro.

El ministro y sus defensores por otra parte no pueden menos de presentar muchos flancos por donde ser atacados. En la atmósfera del poder hay que pasar por condiciones indispensables que esponen á grandes riesgos para el momento de la lucha. Allí se ve, se oye y se toca, por ojos, por oídos y por manos estrañas, y estas contiínuas delegaciones de confianza que tiene que hacer un ministro á quien es imposible practicarlo todo por sí, le constituyen á veces en el debate en la posicion

mas embarazosa. El que le impugna lleva calculado el ataque y preparados los tiros que le ha de dirigir: el atacado tiene precision de defenderse por el lado y en el modo en que se le acomete, que á las veces es el que menos podia imaginar. La defensiva es siempre desventajosa, y el ministro tiene que reducirse á desempeñar este papel renunciando á toda la preponderancia que da la agresion. Sin duda se ha reparado en estos inconvenientes, y se ha concedido al poder á espensas de la igualdad, que hable cuantas veces quiera, y que cierre las discusiones.

Otro motivo hay todavia mas capital para hacer á los ministros vulnerables. Por decididos que hayan sido antes sus principios en favor de la libertad y de las reformas, al colocarse en un punto tan encumbrado, la cabeza se les desvanece, la vista se les turba, y empiezan acaso sin conocerlo á mirarlo todo de muy diferente modo. Creen que á cada paso hay un precipicio por donde ellos corrian poco antes sin temor y sin cuidado, y empiezan á sospechar de todo, adoptando una marcha de recelo que despues se convierte en abierta hostilidad. Asi se alejan insensiblemente del punto de que participan. Entonces adoptan la política que en nuestros dias se ha llamado de resistencia: nombre que no se comprende bien, porque la resistencia supone la lucha, y la idea de la lucha no cuadra á los gobiernos cuya autoridad debe moverse en su esfera amplia y magestuosamente, sin descender á cada paso hasta la arena del combate. ¿Y qué es lo que se resiste? ¿Las tendencias locas y parciales de unos pocos ambiciosos ó descontentos? Esto no es luchar, sino aplastar con el peso de la ley un elemento trastornador. ¿Es lo que se resiste la opinion pública generalizada en todas las capas de la

sociedad, y avivada por el descontento? Esta resistencia seria sacrilega, porque en los gobiernos representativos la opinion asi entendida debe mirarse como un elemento decisivo, y es injusto y atentatorio querer contradecirla y sofocarla. Mas como quiera que sea; una vez tomado este camino, la divergencia aumenta á cada paso, y á la indiferencia sucede el desvío, al desvío la oposicion, á la oposicion la enemistad, y á la enemistad una ciega y perseverante saña á cuyos instintos se sacrifican los principios, las leyes y los hombres. Entonces todo va mas allá de lo que acaso se pensaba, y la arbitrariedad domina sin tregua ni contradiccion. Entonces se atropella todo, y un cúmulo inmenso de abusos viene á poner en manos del orador de la oposicion otros tantos dardos emponzoñados que lanzar contra un poder delirante. Este triunfa en las votaciones; pero es despues de haber sucumbido en la discusion, sobre la cual la razon ilustrada del país ha pronunciado su fallo irrevocable. En estas épocas de zozobra, de angustia y de opresion para los pueblos, es en las que el orador independiente brilla mas que nunca, y en que recoge mas laureles, rodeado por todas partes de gloria y de peligros.

¿Pero qué será mejor para el orador, hablar de los primeros, ó cuando ya la discusion esté adelantada y se acerca á su término? Para los oradores que no cuentan con grandes recursos y que van casi esclusivamente atendidos á los datos de su preparacion, es no solo mas conveniente sino de todo punto necesario, hablar al principio del debate. Solo el primero que toma en él la palabra, es el que puede decir todo lo que llevaba pensado, y del modo que lo llevaba pensado. Desde el instante en que se contesta al primer discurso, van desapareciendo unas ideas y naciendo otras, de modo que la

fisonomía de la cuestion se va alterando con los tránsitos que hace el debate, como la fisonomía de los hombres y de las cosas se altera tambien con el tránsito de las edades. En tales circunstancias no es posible repetir lo que ya se ha dicho, ni volver á contestar á lo que ya se ha contestado, y hay que encontrar de pronto fácil y cumplida respuesta á todas las observaciones que vienen á la discusion por primera vez. Todo esto es difícil para el orador que no cuenta con grandes medios.

Pero al que realmente los tiene y parte de esta confianza, le da gran lucimiento quedarse para hablar de los últimos, y si es posible para cerrar el debate. Entonces se ven brillar á la vez el ingenio que busca y encuentra, el talento que dispone, la imaginacion que crea, y la flexibilidad y abundancia del lenguaje que viste y engalana las concepciones del espíritu. Entonces todo lleva consigo el sello de una sorprendente novedad, y los que oyen quedan admirados al ver cómo el orador halla todavía cosas, y cosas buenas que decir en una materia que creian agotada, y cómo su imaginacion caminando á la par de su pensamiento, las va presentando con los giros mas agradables y con todas las bellezas de la fantasía y del colorido.

Mas para que el orador tenga seguridad de desempeñar este papel difícil que es el del verdadero improvisador, es necesario que cuente con grandes dotes que no á todos es dado reunir. Es necesario que tenga gran fecundidad de recursos, vista intelectual clara y analítica para colocar en un punto de maravilloso orden todo lo que se ha dicho anteriormente, vasta instruccion para hallar principios, teorías y aplicaciones, y serenidad sobre todo para encontrar de pronto un camino donde otros

se le han cerrado. Estas ventajas no se adquieren en un dia, y son por lo comun el resultado y el premio de grandes y costosos afanes, de estudios y ejercicios anteriores, y principalmente del hábito adquirido en la tribuna. Entonces, y solo entonces, es cuando el orador parlamentario se presenta en todas sus fases, y cuando se revela en todo su poder entre la admiracion y los aplausos de un público pasmado y conmovido. Entonces nadie se atreve á disputarle la gloria, porque todos conocen que su discurso es la obra de una creacion instantánea, y que llevaba consigo todos los medios y todas las armas de que repentinamente hace uso en aquella ocasion solemne. La envidia y la maledicencia enmudecen, y tienen que conceder á pesar suyo todas sus prerogativas al genio y á la superioridad.



028010